

# *El acercamiento al texto literario de carácter autobiográfico: puntos de partida terminológicos y conceptuales*<sup>1</sup>

FERNANDO MAGALLANES LATAS  
Universidad de Sevilla

El afán por desentrañar lo que no sin razón todavía hoy ha de ser denominado como el misterio de lo autobiográfico irrumpe con verdadera fuerza hace apenas unos años, de manera que en la actualidad, incluso ya en nuestro país, la investigación sobre ese fenómeno empieza a convertirse en actividad habitual.

Simultáneamente, las nuevas posibilidades abiertas por recientes tendencias de teoría y crítica literaria permiten vislumbrar campos fecundos de trabajo que concluyan en el establecimiento de propuestas cada vez más concretas sobre las múltiples variantes autobiográficas.

Sin embargo, una concepción del autobiografismo como hecho sólo en parte literario —dado su carácter de escritura no ficcional, o al menos no tan ficcional en comparación con los llamados géneros tradicionales— empaña ese justificado optimismo, porque hace observar inmediatamente la necesidad de recurrir a puntos de referencia extraliterarios en la investigación autobiográfica; lo que sin lugar a dudas agranda la cuestión, a la vez que entorpece el hallazgo de soluciones a los diversos problemas que plantea la escritura autobiográfica.

Es más, ante una realidad así cabría incluso preguntarse ¿por qué esta fundamental distinción de lo autobiográfico, como objeto de conocimiento en alguna medida desligado de la literatura, no impide su tratamiento desde enfoques propios de metodologías literarias? Pues sencillamente porque la exteriorización y transmisión autobiográfica cristaliza en lenguaje escrito. Por ello, acer-

---

<sup>1</sup> El presente trabajo fue expuesto en la *VIII Semana de Estudios Germánicos*, celebrada en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid, en abril de 1995.

carse a lo autobiográfico es acercarse también a textos literarios; lo que supone una predisposición del lector a realizar un ejercicio intelectual, que en el caso del texto autobiográfico le lleva a adoptar una perspectiva, exclusiva en este tipo de literatura.

La trascendencia del concepto de lector, de ese polo de la actividad comunicativa, al que corrientes de pensamiento recepcionales, narratológicas o pragmáticas sitúan en posición privilegiada, es evidente cuando hablamos de lo autobiográfico. No obstante, el sentido más genuino del término si nos referimos al mundo de la autobiografía tal vez no sea aquél que remite a un tipo de lector virtual, en el que pensaría el escritor en el momento de redactar su obra, sino el lector real, individualizado, por cuanto tratándose de autobiografismo se da —quizá excepcionalmente— una forma de escritura mediante la cual el autor, cuando escribe, con quien realmente dialoga es consigo mismo. El autobiógrafo, en el acto de escribir, mantiene una conversación con su pasado a través del elemento memorístico; de forma que, independientemente de que quiera legar a futuros lectores la plasmación escrita de su vida, lo que ocurre en la narración autobiográfica es que el narratario y el destinatario interno del texto no es una segunda persona distante y diferenciada, sino la otra cara o reverso del autor implícito. En perspectiva puramente intratextual, la figura de un lector potencial no parece por tanto ser tan relevante.

A su vez, debe tenerse en cuenta que, hablando de autobiografía clásica o autobiografía propiamente dicha, el lector, la persona real que se acerca a ella, es alguien conocedor o poseedor al menos de referencias del autor del texto; pues ciertamente no es lo usual entretenerse en la lectura de la autobiografía de alguien desconocido, y, en consecuencia, son personalidades consagradas por cualesquiera motivos las que tradicionalmente han dejado constancia escrita de su vida. Como esa consagración suele producirse en edad madura, e incluso avanzada, raros han sido los ejemplos de autobiografías genuinas escritas por autores jóvenes.

Pues bien, el lector que se aproxima a un texto autobiográfico ha de saber que obras de tal naturaleza no son sino objetos artísticos aún hoy oscuros tanto en lo conceptual como en lo terminológico; posibles definiciones claras de *autobiografismo*, atendiendo ya sea al contenido textual o a su formal configuración, no son fáciles de establecer. De hecho, escasa es la ayuda que puede prestar una terminología *técnica* que no lo es tanto pues, como en lo conceptual, la teoría autobiográfica echa mano de expresiones propias de otros campos de la literatura, incluso de otras ramas del saber, dando así la imagen de que a lo autobiográfico nada le pertenece. Y así es; en realidad, rasgo peculiar de ese tipo de manifestación artística lo constituye, sin duda, el *vivir de prestado*, el carecer de pautas, elementos y señas de identidad peculiares y exclusivas; dicho en palabras de una especialista norteamericana: «Sólo en virtud de las reglas constitutivas de la literatura las características de un texto dado 'son consideradas como' señas de la autobiografía. Fuera de las convenciones sociales y lite-

rarias que la crean y mantienen, la autobiografía no tiene características; de hecho, no tiene existencia en absoluto».<sup>2</sup>

Es un especial concepto de escritor y lector el que subyace en el pensamiento pragmático de Elizabeth Bruss, autora del párrafo citado, de manera que entre ambos conforman un tipo de acto literario, el autobiográfico, que no presenta especiales rasgos formales distintivos; algo que ya uno de los iniciadores de la reflexión sobre el género en Alemania, Georg Misch,<sup>3</sup> manifestó de forma similar, cuando dijo que lo autobiográfico carece de forma propia por cuanto se da así en lírica, como en épica o drama. En consecuencia, la anglosajona Bruss concede al lector un papel significativo en lo que ella prefiere llamar, en lugar de *forma*, *acto autobiográfico*.

Así las cosas, resulta razonable pensar que al lector de autobiografismo se le presentan dos problemas iniciales: de un lado, ¿cuándo se acerca realmente a un texto autobiográfico? Si excluimos la autobiografía pura, es decir, aquella forma textual que —respondiendo a una actitud sincera— no es sino la narración de una vida escrita por el propio interesado, y en donde por tanto la actitud lectorial da por supuesto un contenido veraz autobiográfico, el resto de la producción literaria en cualquier lengua y en cualquier momento histórico puede igualmente presentar elementos autobiográficos. Una postura deconstruccionista, como la de Paul de Man, diría al respecto que «La autobiografía (...) no es un género o un modo, sino una figura de lectura y de entendimiento que se da, hasta cierto punto, en todo texto».<sup>4</sup> El problema se plantea, pues, en determinar a partir de qué momento es permisible hablar de escrito autobiográfico cuando nos hallamos ante una composición lírica, épica o dramática. Y esto es determinante por lo que al receptor del texto literario se refiere; porque, sólo si el lector es consciente de que se aproxima a un escrito de tal naturaleza subjetiva, se produce el llamado *pacto autobiográfico*<sup>5</sup> o contrato de lectura mediante el cual el lector asume previamente la verosimilitud de un contenido real en la obra literaria, por existir identidad entre autor, narrador y personaje. Se trata de una singular actitud lectorial de quien se acerca al texto autobiográfico, que le da derecho a exigir veracidad en la obra. En definitiva, como se ve, una concepción así de lo autobiográfico pone el énfasis en la perspectiva del lector, por cuanto se entiende la autobiografía no como forma de escritura, sino como un modo de lectura, como manera de acercamiento al texto.

Pero, de otro lado, y cuestión quizá más compleja, el problema del autobiografismo consiste en que es un fenómeno que escapa al hecho literario: lo auto-

---

<sup>2</sup> Elizabeth Bruss, «Actos literarios», en: *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*. Suplementos Anthropos, Barcelona, diciembre 1991, p. 64.

<sup>3</sup> Georg Misch, *Geschichte der Autobiographie*, Verlag G. Schulte-Bulmke, Frankfurt/M., 1949.

<sup>4</sup> Paul de Man, «La autobiografía como desfiguración», en: *La autobiografía y sus problemas teóricos*, op. cit., p. 114.

<sup>5</sup> Philippe Lejeune, *Le pacte autobiographique*, Seuil, París, 1975.

biográfico, la literatura autobiográfica en general, y no digamos ya algunas de sus manifestaciones más genuinas cual sería la tradicional narración autobiográfica o el caso límite del diario, es una realidad que excede al propio hecho de escribir. Es decir, si cualquier manifestación literaria precisa de un autor y del elemento ficcional, toda expresión literaria autobiográfica necesita como tercer requisito imprescindible la experiencia personal vivida por quien escribe. Y esto es fundamental, es lo que da pie para que podamos hablar de literatura realista, quizá una de las que más alto grado de realismo pueda ofrecer, porque sin la experiencia vivida la autobiografía no existiría. Así, en un reciente ensayo, leemos lo siguiente: el «enorme poder de convicción» de la autobiografía reside en que no hay «Nada más creíble que la vida de otro, por él contada, cuando la hacemos nuestra mediante una lectura desde determinada intencionalidad (...) la autobiografía es verdad para el lector, que hace de ella, con mayor facilidad que de cualquier otro texto narrativo, una lectura intencionalmente realista»<sup>6</sup>. Si bien la cita parece indiscutible, no debe olvidarse que la realidad presentada por el autobiógrafo es calificada por estudiosos de la cuestión como más subjetiva por hacer referencia a un ámbito psicológico y personal, mientras que en otros casos —como al hablar de memorias— el dominante tono histórico, social y externo al sujeto que escribe imprime al texto un grado de realismo mayor que el que contiene la narración de una vida contada por uno mismo.<sup>7</sup> En todo caso, generalizando a las demás expresiones autobiográficas el «*Realitätsprinzip*» que Bernd Neumann observa en las memorias, resulta perfectamente asumible toda concepción de lo autobiográfico como algo más que literatura, como algo que no sólo es literatura o, incluso, como algo distinto de la literatura, porque lo literario, la literariedad es aquí sólo uno de los aspectos de un tipo de manifestación que también da a conocer realidades; subjetivas tal vez, pero realidades.

No obstante, y aunque la escritura es el soporte gráfico que utiliza alguien para dar a conocer su realidad vivida, transformar automáticamente esa apoyatura lingüística en literatura, con independencia de que quiera o no aceptarse, es cuestión distinta que incluso puede estorbar la investigación en torno a lo autobiográfico como fenómeno, como exteriorización de parcelas de la intimidad de un yo. No es de extrañar, entonces, que las dificultades propias de lo autobiográfico para quien se le acerca con intención indagadora, con ánimo de escudriñar ontológicamente<sup>8</sup>, provengan en buena medida de la inconsciente y auto-

<sup>6</sup> Cfr.: Darío Villanueva, «Realidad y ficción: la paradoja de la autobiografía», en: José Romera, Alicia Yllera, Mario García-Page y Rosa Calvet (Eds.), *Escritura autobiográfica*. Actas del II Seminario Internacional del Instituto de Semiótica Literaria y Teatral. Visor Libros, Madrid, 1993, p. 28.

<sup>7</sup> Cfr.: Bernd Neumann, *Identität und Rollenzwang (Zur Theorie der Autobiographie)*. Athenäum Verlag, Frankfurt/M. 1970, p. 84.

<sup>8</sup> Cfr. al respecto: James Olney, «Algunas versiones de la memoria/Algunas versiones del bios: la ontología de la autobiografía», en: *La autobiografía y sus problemas teóricos*, op. cit., p. 33 y ss.

mática conceptualización de la manifestación autobiográfica como otra parcela más de la literatura, como género se lee incluso en ensayos y estudios teóricos, pero eso sí género al que la propia teoría literaria ha sido incapaz de dotar de terminología y conceptos peculiares y exclusivos.

Evidentemente, otra cosa es el estudio de lo autobiográfico —de la ficcionalidad que arroja lo autobiográfico— en la literatura, en una literatura nacional, en la literatura de una época, o en una obra literaria; pero ese es un segundo paso o, en todo caso, otra cuestión. Para poder llegar a esto último, forzoso es ocuparse también de lo autobiográfico en sí, obviando ataduras a lo literario. La realidad, sin embargo, es que no suele ser ese el proceso, sino que ambas cuestiones —autobiografía y literatura— van unidas en el estudio y en el trabajo investigador; consecuentemente, la literatura como ámbito mucho más conocido y omnipotente salpica, interfiere y, por tanto, dificulta la profundización en lo autobiográfico.

Pero volviendo al asunto textual, y supuesta la identidad entre autor y protagonista en toda autobiografía auténtica, quien se acerca al texto goza de una situación privilegiada porque va a tener acceso a la intimidad del escritor. A través del acto de lectura, podrá mantener con él estrecha relación, podrá en cierto modo —sobre todo en textos autobiográficos tradicionales— participar del proceso de evolución real de una personalidad narrada en una prosa que, con el uso de la primera persona gramatical, tiende la mano al lector desde el principio produciéndole la sensación de confianza necesaria para sentir credibilidad en la historia que percibe. Así pues, la impresión de autobiografía que el lector tiene en el momento de decidirse a emprender la lectura, impresión provocada ya incluso por el título de la obra, produce automáticamente el efecto necesario para que se establezca el ánimo peculiar con que se enfrenta a ese tipo de lectura y que, entre otras notas distintivas, se caracteriza fundamentalmente por un afán de curiosidad: acercarse a un texto autobiográfico es, esencialmente, adoptar una actitud curiosa; es mostrar deseo de conocer datos acerca de alguien, si bien conscientes de que tal información pasa por el tamiz de la narración subjetiva del propio autor. Es más, éste puede tener interés en mostrar un grado de transparencia menor del esperado por el lector, al tiempo que también puede querer albergar una intención más literaria que testimonial; en cuyos casos la repercusión en el lector podría llegar a ser muy otra, hasta el extremo de desconocer, de entrada e incluso hasta el fin de la lectura, el trasfondo autobiográfico. Naturalmente, en situaciones de este tipo el concepto de *pacto autobiográfico* entre autor y lector, apuntado por la teoría literaria francesa y tan utilizado por la bibliografía científica en los últimos años, es posible que vea disminuida o anulada su relevancia porque el lector se sumerge en el mundo de la ficción literaria; autobiografías noveladas, novelas autobiográficas, así como buena parte de la producción literaria autobiográfica de las últimas décadas en países como Alemania o Francia, con nuevas notas distintivas como es la sustitución del orden cronológico por la acronía o el hincapié en la indagación

ontológica, serían buen ejemplo de esa forma de escribir a medio camino entre realidad y ficción, para las que ni terminológica ni conceptualmente la teoría autobiográfica dispone hoy por hoy de delimitaciones suficientemente precisas.

Igualmente, la concreta predisposición del lector hacia el texto autobiográfico desaparece cuando nada hay en el título de la obra que despierte la curiosidad propia del lector de autobiografías; es el caso de autobiografías seudónimas, por lo demás rarísimo, ya que la vanidad impide generalmente al escritor ocultar su nombre. Y, por supuesto, algo muy similar sucede en el caso extremo —auténtico ejemplo de contradicción terminológica y conceptual— de las llamadas *autobiografías ficticias*<sup>9</sup> y *pseudoautobiografías* —mejor denominadas en alemán mediante la construcción «*Ich-Erzählung*»— a las que el lector se aproxima como si de cualquier otro texto novelesco se tratase, porque ciertamente no son exteriorizaciones autobiográficas. El empleo de tales expresiones no hace sino corroborar la paupérrima situación terminológica y la ausencia de conceptos diáfanos en el ámbito de la escritura autobiográfica.

Estos últimos ejemplos citados, o la variante denominada *autobiografía fingida* —entendida ya en 1970 por Ingrid Aichinger como «ein Widerspruch in sich»—<sup>10</sup>, son lo más paradójico que cabe mencionar dentro del mundo de lo autobiográfico. Su razón de ser hay que buscarla en el afán por presentar como auténtico algo que no lo es, de tal manera que con tales expresiones se alude a determinado tipo de relato en el que puede no haber autobiografismo de ninguna clase. El origen de esa confusión está sin duda en el plano formal de los textos curiosamente denominados *pseudoautobiográficos*, plano que es determinante para el establecimiento de una terminología desconcertante, absurda e incoherente; es decir, las características técnicas del relato que dan la impresión de escrito autobiográfico se utilizan por el crítico e historiador literario para definir con la palabra *autobiografía* textos que, por su contenido —y esto es lo decisivo y único relevante para poder hablar de autobiografía— nada tienen que ver con la narración de una vida real. Se trata, por tanto, de expresiones erróneas, equívocas, engañosas, desacertadas, desafortunadas, incongruentes y contradictorias, huecas, vacías y falsas como el concepto que pretenden definir.

Por lo tanto, si se observa lo autobiográfico como una forma de lectura, es claro que semejante actitud lectorial no se da en los anteriores casos citados: el

<sup>9</sup> Esta cuestión fue objeto de reflexión en el trabajo «El autobiografismo en *Estebanillo González* y en *Simplicissimus*: En torno al concepto de autobiografía ficticia a propósito de dos obras picarescas», presentado por el autor a la «VII Semana de Estudios Germánicos», y publicado en las Actas de la citada Semana: Margit Raders - M<sup>a</sup>. Luisa Schilling (Hgg./Eds.), *Der deutsche und der spanische Schelmenroman/La novela picaresca alemana y española*. Departamento de Filología Alemana. Universidad Complutense de Madrid. Ediciones del Orto. Madrid, 1995.

<sup>10</sup> Ingrid Aichinger, «Probleme der Autobiographie als Sprachkunstwerk», en: *Die Autobiographie. Zu Form und Geschichte einer literarischen Gattung*, herausgegeben von Günter Niggel. Wissenschaftliche Buchgesellschaft. Darmstadt. 1989, p. 192.

lector que se acerca a un texto calificado de autobiográfico sabiendo que no lo es, no adopta lógicamente la disposición propia de quien sí se aproxima a una obra autobiográfica, porque lo que define a ésta fundamentalmente es lo que el teórico francés estableció en su *pacto autobiográfico* como cualidad esencial del género: el rasgo «contractual», mediante el cual se aborda la lectura desde una óptica sui generis, que implica el convencimiento en una relación de identidad, al margen de cualesquiera recursos técnicos o estilísticos en el plano formal del texto. Del mismo modo que, fieles al *pacto autobiográfico*, cuando hay sincera voluntad de transmitir contenidos íntimos auténticos, se emprendería la escritura autobiográfica actuando como parte interesada en un contrato por el que el autor se compromete a dar testimonio de su vida.

Naturalmente, todo esto es algo sobreentendido, que hace referencia a niveles intratextuales y a la lógica del discurso veraz, pero que de hecho resulta distorsionado por los infinitos matices que el autor da a una obra que se puede ir aproximando paulatina e insensiblemente al terreno de la pura ficción literaria; llegándose a límites en los que resulta prácticamente imposible deslindar ficción y realidad, y dando con ello lugar a un abanico de subgéneros o variantes autobiográficas para los que no se ha creado hasta el momento terminología suficiente y precisa, porque tampoco existe precisión en lo que al concepto de autobiografismo se refiere. Así, cuando hablamos de literatura autobiográfica entramos en un terreno escurridizo acerca del cual toda discusión teórica propicia el debate enriquecedor, pero con escasa garantía de alcanzar resultados ampliamente satisfactorios.

Entre otras, una justificación posible a esa situación todavía poco clara de lo autobiográfico se explica por la tardía aparición del fenómeno dentro de las literaturas occidentales, el siglo XVIII, así como por las cuantiosas incógnitas que presenta todavía hoy, incluido el origen del término *autobiografía* no atribuible con plena seguridad a Friedrich Schlegel, y el más tardío interés aún en la aproximación teórica, que no tiene lugar de manera insistente hasta fechas recientes en nuestro siglo, especialmente desde su segunda mitad.

Pero es que además, el problema de lo autobiográfico radica en su dimensión ontológica en igual medida —sino más— que literaria, y de ahí la dificultad de su delimitación conceptual y terminológica. Ángel G. Loureiro lo ejemplifica muy claramente al advertir que los teóricos de la autobiografía recurren sistemáticamente a ciencias de apoyo en sus investigaciones, como la Historia, la Antropología Filosófica, el Derecho, la Lingüística, la Psicología o la Filosofía, lo que le lleva a preguntarse «por qué la autobiografía no puede defenderse por sí misma, por qué sus teóricos tienen que salirse de la autobiografía para poder justificarla». <sup>11</sup> Y la respuesta reside, precisamente, en esa sin-

---

<sup>11</sup> Ángel G. Loureiro, «Problemas teóricos de la autobiografía», en: *La autobiografía y sus problemas teóricos*, op. cit., p. 5.

gularidad de lo autobiográfico de ser literatura y fenómeno extraliterario al mismo tiempo, es decir, objeto concebido como acto, contrato o, como mucho, forma textual; lo que dificulta la clasificación de la autobiografía dentro del marco de los géneros y, consiguientemente, hace muy compleja la fijación de conceptos y términos precisos que la expresen.

La ausencia de trama argumental ficticia y, en su lugar, la imposición de una realidad a la que el escritor debe sujetarse, si quiere ser veraz, restringen el propio margen de libertad del autor en el acto de escribir, incluso en el orden formal. Piénsese, por ejemplo, que contrariamente al novelista, o al heterobiógrafo, el escritor de su propia vida no puede, aunque quiera, utilizar un tratamiento temporal progresivo sin interferencia del presente actual, sin contaminación de la conciencia de identidad personal, formada a lo largo de su vida y que en el estado en que se encuentra cuando emprende la escritura autobiográfica se irradia y proyecta alterando los recuerdos. Éste, u otros ejemplos, ponen en evidencia la necesidad de abordar la investigación sobre el fenómeno autobiográfico desde perspectivas no exclusivamente literarias, porque lo autobiográfico antes que género es una categoría estética.

En definitiva, la expresión *acercamiento al texto* goza de especial significado cuando hablamos de literatura autobiográfica, por la singular actitud del lector ante un tipo de discurso caracterizado por ofrecer de entrada contenidos testimoniales supuestamente veraces, que —como en el caso de cualquier texto literario— proporcionan placer estético, al tiempo que además colman la curiosidad del público: el lector de autobiografía, en efecto, ve cumplido su contrato, y satisfecho su «*Erwartungshorizont*».